

A Pilgrimage of Hope

Do you have a petition for Bishop Sartain's prayer list? You may send it to him at: Bishop Sartain's Prayer List, Diocese of Joliet; 425 Summit St., Joliet, IL 60435-7193.

When I spent a weekend at a Benedictine monastery a few years back, I noticed a variety of religious habits in the monastic community, and the abbot told me that there were eight monks from other monasteries studying there, several from other countries.

Their abbots had given two monks from Togo, West Africa, special assignments. In addition to studying theology, they were to gain practical skills needed at home. One was to learn computers and office management, the other plumbing, electrical wiring, and cheese-making.

The monks were carrying on an ancient monastic tradition of acquiring practical expertise for the benefit of their communities. Through the centuries, such trades have included architecture, engineering, construction, calligraphy, painting, carpentry, farming, and book-binding, just to mention a few. All the while, the same monastic communities steeped themselves in intellect and art – philosophy, theology, history, literature, language, music, medicine, mathematics, botany, and so forth. They literally sought God in all things.

In other words, the ancient monastic tradition of learning the trades is not just a matter of practicality. It is also a matter of treasuring, transmitting and shaping what is beautiful, true, and good in human culture, as a reflection of the glory of God (see Philippians 4:8-9). In fact, during certain dark periods of history, it was the monasteries that protected and preserved Western culture.

It might seem ironic that those who “flee the world” have had such a central role in its development. After all, monks and nuns know that “here we have no lasting city, but we seek the one that is to come” (Hebrews 13:14). But there is no irony here, only a reflection of the Christian belief that we are a Church of pilgrims.

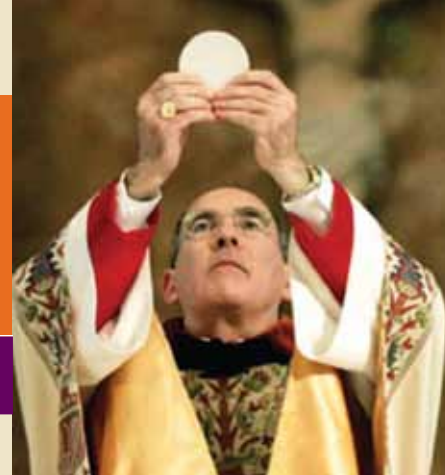
Perhaps it would help to think of the great cathedrals of Europe, some of which took many years to build. The craftsmen and workers whose lives were dedicated to these cathedrals knew they might not live

to see their projects completed, since they were but links in a long chain of builders. One might say they were pilgrims who did the work of God without needing to see its full completion in this life, who believed that doing God's work is its own reward.

Will there ever be a time when the work of the Church is done, when all we strive and hope for is accomplished before our eyes? Will there ever be a time when the Church is purified of all trials, when the scandal of evil is erased from her midst?

In the *Dogmatic Constitution on the Church*, the fathers of Vatican II wrote, “Christ, ‘holy, innocent, and undefiled,’ knew nothing of sin, but came only to expiate the sins of the people. The Church, however, clasping sinners to her bosom, at once holy and always in need of purification, follows constantly the path of penance and renewal” (no. 8). As long as our pilgrimage lasts, as long as we persevere in the work of God, we are also being purified.

Our salvation has already been accomplished by Christ – but it is not yet perfected in us, for we have not yet given ourselves fully to his grace. We have not yet “grown up” in him. “We know that all creation is groaning in labor pains even until now; and not only that, but we ourselves, who have the first fruits of the Spirit, we also groan within ourselves as we wait for adoption, the redemption of our bodies. For in hope we were saved. Now hope that sees for itself is not hope.



For who hopes for what one sees? But if we hope for what we do not see, we wait with endurance” (Romans 8:22-25).

We are pilgrims, as the Church itself is a pilgrim. We pray and we work. We seek God, we ply our trades and raise our families. We love what is beautiful in human culture, because in it we see God's fingerprints. We sow the seeds of God in our daily encounters, aware that the crop may not be ready for harvest on our watch. We confess our faults and deliver them to God's purifying mercy. We persevere – patiently and proudly – because we know we are part of an ancient flow of pilgrims doing the work of God. We humbly admit that, although we are pilgrim-workers, we are also part of the work.

A true pilgrimage begins not when we decide to embark on a journey but when we allow ourselves to be drawn to a goal. We are on this journey because God is drawing us, along with all creation, to our true home. Though it has seen twists and turns and pitfalls, the Church's pilgrimage – our pilgrimage – was irreversibly set in motion at the birth of Christ. And so we are full of hope!

Saint Peter wrote that because our true home is in heaven, we are “aliens” and “sojourners” on earth. Even though we are to plunge ourselves into the work of this world, we are not to settle down here, because we are on the way home.

Did you know that the word “parish” comes from Greek and means a community of aliens with no permanent rights of citizenship? Perhaps we should think of ourselves as migrant workers. We tend God's fields and provide his food for his people – and hope to draw others with us along the way.

Jesus Christ is our hope!

Bishop Peter Sartain
Christ is our Hope
September 2010



Hace unos años atrás, pasé un fin de semana en un monasterio benedictino donde noté una variedad de hábitos religiosos en la comunidad monástica. El abad me contó que había ocho monjes de otros monasterios estudiando allí, procedentes de otros países.

Sus abades habían dado a dos monjes de Togo, África Occidental, asignaciones especiales. Además de estudiar teología, debían de tener conocimientos prácticos necesarios en su país. Uno tenía que aprender computación y administración de oficina; el otro, plomería, instalaciones eléctricas y aprender a hacer quesos.

Los monjes estaban llevando a cabo una antigua tradición monástica de adquirir conocimientos prácticos para el beneficio de sus comunidades. A través de los siglos, esos tipos de oficios han incluido arquitectura, ingeniería, construcción, caligrafía, pintura, carpintería, agricultura y encuadernación, por mencionar unos pocos. Mientras tanto, las mismas comunidades monásticas se absorbían en intelecto y arte – filosofía, teología, historia, literatura, lenguaje, música, medicina, matemáticas, botánica y así sucesivamente. Literalmente buscaban a Dios en todas las cosas.

En otras palabras, la antigua tradición monástica de aprender los oficios no es sólo una cuestión de detalle práctico. También es una cuestión de atesorar, transmitir y dar forma a lo que es hermoso, verdadero y bueno en la cultura humana, como un reflejo de la gloria de Dios (lean Filipenses 4, 8-9). De hecho, durante ciertos periodos oscuros de la historia, fueron los monasterios los que protegieron y conservaron la cultura occidental.

Puede parecer irónico que aquellos que “huyen del mundo” han tenido un papel tan central en su desarrollo. Después de todo, monjes y monjas saben que “no tenemos aquí una ciudad permanente, sino que buscamos la que está por venir” (Hebreos 13, 14). Pero no hay ninguna ironía aquí, sólo un reflejo de la creencia cristiana de que somos una Iglesia peregrina.

Quizás podríamos pensar en las grandes catedrales de Europa, algunas de las cuales tomaron muchos años para ser construidas. Los artesanos

y trabajadores cuyas vidas estaban dedicadas a estas catedrales, sabían que alguno no podrían vivir para ver sus proyectos completados, ya que eran solo unos enlaces en una cadena larga de constructores. Uno podría decir que eran peregrinos que hacían la obra de Dios sin necesidad de ver su plena realización en esta vida, quienes creían que haciendo un trabajo de Dios es su propia recompensa.

¿Habrá un momento cuando se realice la labor de la Iglesia, cuando todo lo que nos esforzamos y esperamos es llevado a cabo ante nuestros ojos? ¿Habrá un momento cuando la Iglesia se purifique de todos los esfuerzos, cuando el escándalo de la maldad se borre en medio de ella?

En la *Constitución Dogmática sobre la Iglesia*, los padres del Concilio Vaticano II escribieron: “Cristo, ‘Santo, inocente y puro,’ no sabía nada del pecado, pero llegó sólo a expiar los pecados del pueblo. La Iglesia, sin embargo, sujetando pecadores a su seno, a la vez Santa y siempre en la necesidad de purificación, sigue constantemente el camino de la penitencia y la renovación” (Nº 8). Mientras que nuestra peregrinación dura, mientras que perseveramos en la obra de Dios, nos estamos purificando también.

Nuestra salvación ya ha sido realizada por Cristo – pero todavía no está perfecta en nosotros, porque nosotros no nos hemos abandonado plenamente a su gracia. Todavía no hemos “crecido” en él. “Pues sabemos que la creación entera gime y sufre dolores de parto hasta ahora. Y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, aun nosotros mismos gemimos en nuestro interior aguardando ansiosamente la adopción como hijos, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza hemos sido salvos, pero la esperanza que se ve no es esperanza; pues, ¿por qué esperar la que uno ve? Esperemos, pues, sin ver,

y lo tendremos” (Romanos 8, 22-25).

Somos peregrinos, como la Iglesia misma es peregrina. Oramos y trabajamos. Buscamos a Dios, ejercemos nuestros oficios y criamos nuestras familias. Amamos lo que es hermoso en la cultura humana porque en ella vemos las huellas de Dios. Sembramos las semillas de Dios en nuestros encuentros diarios, conscientes de que el cultivo puede que no sea listo para la cosecha en nuestras vidas. Confesamos nuestras faltas y las entregamos a la purificación misericordiosa de Dios. Perseveramos – pacientemente y con orgullo – porque sabemos que somos parte de un antiguo flujo de peregrinos haciendo la obra de Dios. Admitimos humildemente que, a pesar de que somos peregrinos-trabajadores, también somos parte de la obra.

Una verdadera peregrinación no comienza cuando decidimos embarcarnos en un viaje, sino cuando nos permitimos ser atraídos hacia una meta. Estamos en este viaje porque Dios está llevándonos, junto con toda la creación, a nuestra verdadera casa. Aunque se ha visto giros y vueltas y obstáculos, la peregrinación de la Iglesia – nuestra peregrinación – fue definitivamente puesta en marcha con el nacimiento de Cristo. ¡Y, por lo tanto, estamos llenos de esperanza!

San Pedro escribió que porque nuestro verdadero hogar está en los cielos, somos “extranjeros” y “residentes” en la tierra. A pesar de que vamos a quedarnos estables en la labor de este mundo, no debemos establecernos aquí, porque estamos en el camino a la casa.

¿Sabías que la palabra “parroquia” proviene del griego y significa una comunidad de extranjeros sin derechos permanentes de ciudadanía? Quizás nosotros debemos pensarnos como trabajadores migrantes. Tendemos a los campos de Dios y proporcionamos su alimento para su pueblo – y esperamos atraer a los demás con nosotros en el camino.

¡Jesús Cristo es nuestra esperanza!

Obispo Peter Sartain
Cristo es nuestra Esperanza
septiembre 2010

